



DE TELÓN ADENTRO

POR

Bessie Love, Tom Moore,
Harrison Ford

N.º 97

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 97

DE TELON ADENTRO

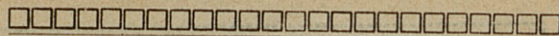
Sugestiva novela, de excelente asunto, interpretada bajo el siguiente reparto:

«Felicidad» Farrell	TOM MOORE
Lola Lane	BESSIE LOVE
José Murdock	HARRISON FORD
Federico Carroll	Bobby Watson
Carlos Nelson	Norman Trevor
Juanita Rosamond	Josephine Drake
Inspector de Policía	George Nash
Señora Lane	Hellen Lindroth
Tomás Crosby	William B. Mack
Señora Carroll	Jane Jennings

Producción **PARAMOUNT**

Distribuida por

SELECCINE, S. A.



DE TELON ADENTRO

Argumento de la película

En su magnífico palacete, a primeras horas de la madrugada, el famoso empresario Carlos Nelson terminaba su última partida de juego con su amigo, el pintor José Murdock.

Les unía una simpatía íntima. Carlos era el gran organizador de los más bellos espectáculos teatrales, y Murdock, el artista, inspiraba sus ideas y trazaba los croquis de las grandes revistas de moda.

—Nos compenetramos muy bien, José. Los dos juntos hemos llegado a formar un verdadero "trust" contra el que nadie puede.

—Por cierto que he de seguir trabajando en los últimos figurines que me encargaste. No quiero ya esperar más. Hasta la noche.

Y dándole un apretón de manos salió de aquel rico hogar, donde Nelson pasaba su soltería de gran señor. También José Murdock era soltero; pero joven todavía, soñaba con una mujer que fuera su inspiradora y su alma.

La calle estaba desierta. La luz del amanecer comenzaba a clarear en la lejanía, apagando en el cielo azul los últimos resplandores de las estrellas.

Murdock, lentamente, siguió su camino. Al doblar

la esquina, se abalanzó contra él un individuo amenazándole revólver en mano.

—¡Venga su cartera! — gritó el ladrón, con voz que parecía temblar.

Murdock no era cobarde. Jamás se había dejado atropellar impunemente por nadie, y aquel atraco en plena soledad era una vil provocación. Astuto, con la pericia del hombre acostumbrado a la defensa personal, en un santiamén, sin que el ladrón pudiera evitarlo, le desarmó.

—¿Qué se había usted creído, bribón? Voy a entregarle al primer policía.

El atracador, con los brazos en alto, le miraba con una palidez mortal. Era un hombre joven que no tenía esa repulsión que inspiran, por lo regular, las gentes de su clase.

Murdock examinó brevemente el revólver y su sorpresa fué extraordinaria al comprobar que estaba descargado. ¿Qué clase de ladrón era aquél? ¿Cómo intentaba un golpe sin un arma que le defendiera?

—¡Su revólver está descargado! ¿Qué se proponía usted, entonces?

—¡Ch, no lo sé... Yo voy a volverme loco...

El abatimiento del ladrón, su rara actitud le parecieron interesantes al pintor. Y mirándole con menos altivez, le dijo:

—¡Sígame usted!

El desconocido, tambaleándose, hizo lo que le mandaban. Y poco después José entraba de nuevo en casa de Carlos Nelson.

El empresario se había metido en cama. Vistióse en un momento para averiguar las causas de la extraña vuelta de su amigo.

—Te he molestado, Nelson, para que me aconsejes. Ese hombre me ha atracado con un arma des-

cargada. Antes de entregarlo a la justicia, quiero que tú hables con él.

Nelson examinó el revólver, mirando despectivamente al ladrón.

—Veamos, ¿usted quién es?

El desconocido entregó una tarjeta al empresario. Este leyó:

"FELICIDAD" FARRELL

Payaso

Cantos, chistes y bailes

—Ahora lo comprendo menos... ¿Es usted realmente un payaso?

—¡Oh! ¿No me conoce?

—En mi vida he oído hablar de usted...

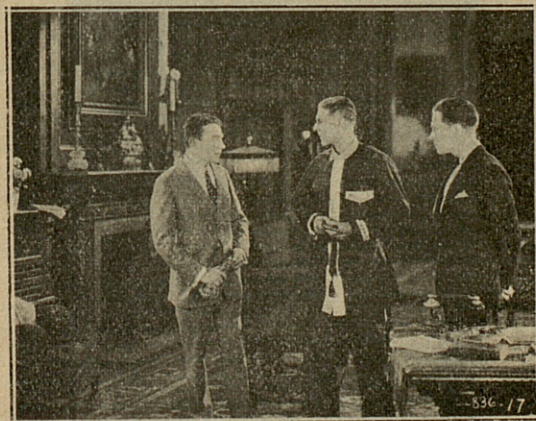
—Por culpa de mi mala suerte. ¡Ay, señores! — siguió diciendo con voz ya más tranquila—. Si ustedes quisieran escucharme un instante, verían que yo no soy un ladrón... sino un hombre desorientado, incomprendido, medio loco.

La historia comenzaba a salirse de los límites de lo vulgar. La inscripción de la tarjeta les había hecho sentir deseos de conocer la vida y milagros de un cómico que terminaba en ladrón. Mas para que no pudiera creer el llamado "Felicidad" que los dos amigos olvidaban el delito, Nelson le advirtió:

—De lo que usted nos diga depende su libertad. Si nos convence usted de sus desdichas, no le denunciaremos; de lo contrario, yo le aseguro que irá usted a parar a la celda de una prisión. Empezar, usted.

"Felicidad" lanzó un suspiro y se dispuso a comenzar su historia que debía ser decisiva. ¡Malhaya de él si no ponía en sus palabras el fuego de compasión y de caridad que le era necesario!

Farrell empezó su narración. Sus padres habían muerto cuando el muchacho contaba apenas unos diez años. Tenía que vivir bajo la férula de un lejano pariente suyo, un obrero que todos los sábados se emborrachaba y descargaba luego su furo sobre la pobre criatura.



—Veamos, ¿usted quién es?

—Lo que yo padecí aquellos días... Mi única ilusión era ser artista. Soñaba, ante algunos periódicos y revistas que hablaban de los grandes triunfadores, en poder imitarlos, librándome del ambiente cruel que me envolvía. Mi amigo y compañero de la infancia, Federico Carroll, era mi confidente; él como yo, parecía destinado a sufrir por el ideal del triunfo escénico. Un día en que mi pariente nos sorprendió a los dos ensayando unos pasos de baile y

castigó nuestra diversión con una brutal tanda de palos, decidimos huir. Y ya anochecido, liando en un paquetito nuestras pobres ropas, emprendimos la marcha hacia lo desconocido. Venciéramos o no,



Farrell empezó su narración.

no importaba. Habíamos recobrado la libertad. Carroll sufría, sin embargo, más que yo. El tenía madre. Pero la ambición era más fuerte que el sentimiento y me acompañó.

Farrell hizo una pausa. Pareció que el recuerdo le producía cierta emoción sincera. Carlos y el pintor le escuchaban en silencio, sin atreverse a turbar

la confesión de aquel hombre que estaba en su poder.

"Felicidad" prosiguió:

—Después de recorrer la mayor parte de los Estados Unidos haciendo de todo para no perecer de hambre, logramos ser admitidos en una compañía de cómicos de la legua. Hechos ya unos hombreitos, creábamos una pareja de baile que tenía algún éxito entre el público soez de los teatrillos de ínfima categoría. En mí había, sin embargo, algo limpio, de artista. Así pasamos algunos años, que yo no quiero describir a ustedes, con alternativas de hambre y de plenitud, con breves días de buena vida y largas temporadas en que ignorábamos hasta qué color tenía el dinero.

Pero llegó la guerra europea y sentimos que algo vibraba en el fondo de nuestro ser: el ansia bella de la aventura. Pensábamos que allí nos esperaba la gloria... Marchamos a Francia y después de unos años de pelea, volvimos a Nueva York, sin un céntimo en el bolsillo y en la peor de las situaciones.

Otra vez en el teatro, mi amigo Federico Carroll enfermó gravemente. Sufría las consecuencias de los gases asfixiantes; a menudo arrojaba sangre por la boca. Yo le advertía, temiendo el fatal desenlace de su enfermedad:

—No trabajes más. Es necesario que busques el descanso. Yo ganaré por los dos. No te preocupes.

Pero él me contestaba siempre con una rotunda negativa:

—El número de baile lo formamos nosotros dos. Si yo ahora desapareciera, tú no podrías continuar trabajando... Y además, no estoy tan mal como te parece.

Pero realmente su salud le abandonaba. Algunas

veces en el transcurso del baile yo adivinaba sus terribles esfuerzos para proseguir y sus piernas ágiles parecían ir a romperse. ¡Lo que yo sufrí entonces!

Todos le tenían lástima. Una muchacha, una joven artista, preciosa y buena, llamada Lola Lane, que actuaba en el mismo teatro de variedades, se interesaba con frecuencia por mi pobre amigo cada vez más en ruinas.

Pero una noche Carroll, en el momento de salir, se vió acometido por uno de sus ataques de asfixia que le ponían a dos dedos de la muerte. Cayó al suelo, desvanecido. A poco volvió en sí y sin atender a nuestros ruegos de que no trabajara, se puso en pie e inició otra vez los nuevos compases del baile.

La música había comenzado ya la marcha alegre que nos iba haciendo célebres. Desde bastidores el pobre Carroll bailaba para seguir hacia el escenario, pero de pronto sus ojos se dilataron horriblemente y sus piernas se doblaron como si fuesen de algodón. Cayó para no levantarse más. Estaba muerto.

Al llegar aquí, Farrell tomó aliento. Se veía que realizaba un esfuerzo doloroso al recordar todas aquellas escenas de su pasado.

Nelson interrumpió el silencio para decirle:

—Bueno. Pero hasta ahora no nos ha hablado usted de su historia de atracador.

Farrell le miró con altivez, ofendiéndole ese nombre que él consideraba injusto.

—Todavía no he acabado mi narración, señor. Le ruego un poco de calma...

—Sí, hable usted con entera libertad — agregó el pintor Murdock.

—Verán. La muerte de mi pobre amigo me dejó

anonadado. Han de hacerse ustedes cargo, señores, de que no tenía a nadie en la tierra que me amara más que a él. Al perderle, lo perdí todo... Yo mismo, reuniendo los ahorros logrados en los últimos tiempos, volví a mi ciudad natal para comunicar a la madre de Carroll la tremenda desgracia. Cumplido este amargo deber, el ansia de ambición creció en mí.

Hasta entonces había yo cantado en teatrillos de pueblo. Era preciso hacer algo más, pensar en que la juventud no es eterna y hay que aprovecharla bien. Todavía pisé algunos pequeños escenarios donde las gentes fácilmente me aplaudían. Pero el ansia de ir a Nueva York, de debutar en el famoso Broadway neoyorquino, se fijaba en mi mente, atezando todos mis anhelos. Otros vencían, se encumbraban a alturas envidiables. ¿Por qué no debía hacer yo lo mismo?

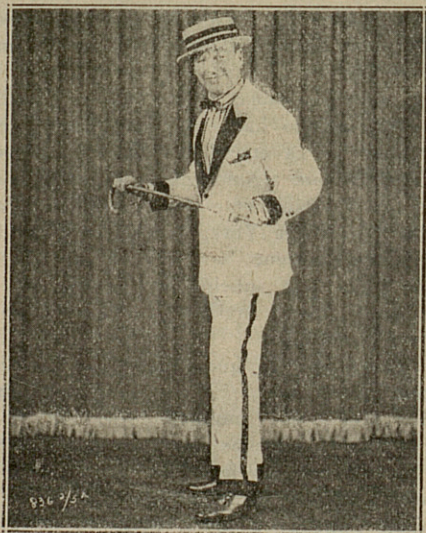
Cierta domingo, en, que deambulaba aburrido por una ciudad provinciana, entré en el hipódromo. Se corría el premio más importante del año; se cruzaban importantes apuestas entre un público exaltado por el triunfo de sus favoritos. Yo acababa de cobrar una actuación de ocho días. Me sentí, sin saber cómo, impelido a tomar parte en las apuestas, colocando varios billetes a favor del caballo que se me antojó de nombre más bonito.

Y gané... Regresé aquel día a casa con un buen puñado de dólares; yo creo que en mi vida había visto reunida tal cantidad. Deseando poner en inmediata práctica mis anhelos de ir a Nueva York, tomé el tren y después de varias horas que me parecían interminables, me encontré de lleno en la famosa ciudad.

¡Oh, el gran Nueva York! Llegué de noche, con

las inmensas columnas de rascacielos iluminadas como brillantes, y encendiéndose en lo más alto de los tejados enormes letras de propaganda.

Fuí a hospedarme en una de las pensiones que me



—Todavía pisé algunos pequeños escenarios donde las gentes fácilmente me aplaudían...

recomendaron al descender del tren. Cuando entré estaban cenando y llegaba hasta mí el eco de cantos y risas, en confuso bullicio.

Di mi tarjeta a la patrona.

—¿Trae usted dinero? — me dijo.

—Qué, ¿se paga aquí por adelantado?

—Cuando a uno no lo conocen...

—Tiene usted razón. Pero yo tengo para pagar mi hospedaje y los que fueran necesarios, señora.

Y le mostré mi cartera bien provista. La dueña pareció tranquilizarse. En aquella pensión, en la que abundaban los pobres artistas, el pago era una de las cosas de que más fácilmente se olvidaban todos.

Pero mi sorpresa fué extraordinaria al encontrarme a Lola Lane, mi bella compañera, que trabajó en los mismos programas que yo.

—Pero... ¿usted aquí?

—¿Y usted? ¿Tan bien van las cosas?

—Dinero no me falta hoy. Vengo en busca de la gloria. Mi único objeto es dar con ella.

—¡Como yo! Pero... ¡échele usted un galgo! Llevo aquí, con mi madre, muchos meses, y es imposible hallar contrata. ¡Somos tantas las que vamos tras de lo mismo! Por ahora, de toda mi estancia en Nueva York sólo he conseguido esto.

Y me enseñó riendo las cuentas de la patrona. ¡Cuatro semanas de pensión!

—¡Oh, quién sabe! — dije yo, intentando animarla—. Tal vez el triunfo esté más cerca de lo que a usted le parece. Vamos, usted tiene condiciones... y será "estrella".

—¡Quiéralo el cielo!

—Voy a instalarme en mi habitación. Ya nos veremos después.

La patrona se acercó entonces y me dijo:

—Ocupará usted la habitación que dejan las señoras Lane. Como ellas no pagan, no tienen derecho a ocuparla. Es una de las mejores de la pensión.

Me enseñó el cuarto. Lola y su madre me miraban ahora con tristeza. ¿Sería yo quien les arrancaría del pequeño hogar?

—¡Oh! — dije—. Prefiero un cuarto más reducido y más silencioso. Alejado de todos, ¿sabe?

—Entonces, como usted quiera. Tengo precisamente uno que le agradará.



—Tal vez el triunfo esté más cerca de lo que a usted le parece...

De este modo, sin que ellas se dieran cuenta, las salvé del desalucio. Pero quise completar mi obra. Yo tenía dinero y ellas no. Yo podía ganarlo con más facilidad que dos pobres mujeres solas. Y sin pensarlo más, pagué a la patrona la cuenta atrasada.

Pero este gesto me costó quedarme sin un dolar.

En vano, desde el día siguiente, comencé mis gestiones para encontrar trabajo. Recorrí numerosos teatros de Broadway bebiendo todas las heces del martirio. Ni siquiera querían escucharme. Y pasaban las semanas con un deslizamiento monótono.

Ayer, la patrona me amenazó con denunciarme si no abonaba cuanto antes mi pensión. Y desesperado, sin saber lo que hacía, cogí un revólver y salí a la calle, dispuesto a encontrar dinero como fuera. Vagué muchas horas sin rumbo. Hasta que ya de madrugada, al ver a usted, la maldita tentación de robarle se apoderó de mi ánimo e hice lo que hice. Una locura... ¡Y esto es todo!

Farrell calló, mirando serenamente a los dos amigos.

—No creo una sola palabra de lo que usted me ha dicho — dijo Nelson—. Sabe usted mentir con habilidad, pero conmigo no vale eso... Pasará usted unas horas en el calabozo. Después ya veremos lo que hay que hacer con usted.

—Carlos —replicó José—, yo creo, por el contrario, que este hombre no miente. Deberíamos dejarlo en libertad.

—De ningún modo. Voy a llamar al agente de servicio para que lo detenga.

El propio Nelson habló con el policía y éste se llevó preso a "Felicidad" Farrell, que aparecía anonadado. ¿De qué le había servido hablar tanto? ¿Y para eso había perdido el tiempo?

Fué inútil la réplica. Carlos era inflexible. Y cuando Farrell hubo desaparecido, Murdock le recriminó su conducta.

—¡No tienes derecho a hacer eso con un infeliz! ¡Es un pobre diablo!

—No te preocupes. Tengo mi plan. El agente es

amigo mío. Farrell dormirá unas horas en el calabozo. Esta tarde en mi despacho pienso ofrecerle la posibilidad de triunfar.

—¿Qué te propones hacer?

—Contratarle, si baila bien... Y sino... ya veremos...

Murdock se despidió esta vez definitivamente de su amigo. Comenzaba a sentir la necesidad del sueño, y quería estar despejado para la escena de aquella tarde.

*
**

Farrell, después de pasar unas horas en el calabozo, fué conducido al despacho del gran empresario Carlos Nelson. El antiguo cómico, a quien su mala suerte había traído a aquella apurada situación, se hallaba aturdido pensando en lo que iba a hacer con él el misterioso caballero.

Fué introducido en el despacho de Nelson. Este se hallaba sentado ante una gran mesa escritorio, acompañado de su amigo José Murdock.

Le preguntaron donde vivía Lola Lane, la muchacha de su historia. Conocida la dirección de esa mujer, un agente fué a buscarla a su casa.

"Felicidad" estaba desorientado. ¿Por qué llamaban a Lola?... Una hora más tarde, Lola Lane entró en el despacho, con su madre y la dueña de la pensión.

—He llamado a ustedes — comenzó Carlos —, para que me digan si es verdad la historia triste que nos ha contado Farrell. En pocas palabras se la repetiré.

Sucintamente, narró todo lo que había oído al ladrón la noche anterior. Y ellas confirmaron la veracidad de esta información.

—¡Oh, señor, cierto, absolutamente cierto! — dijo la patrona—. El pagó la cuenta de las señoras Lane... y me debe el hospedaje suyo. No ha mentado... El es un buen hombre...

—¿Usted pagó nuestra cuenta, Farrell?... ¡Oh, Dios mío!... ¡Y nosotras sin saberlo! ¿Cómo agradecerle a usted lo que hizo en nuestro favor? — agregó, emocionada, la artista.

—Esto no importa — dijo Farrell—. Lo que yo deseo saber ahora es lo que se propone usted hacer conmigo, señor... Si me ha de meter en la cárcel, que sea pronto; sino, venga la libertad cuanto antes...

Sentíase dolorido; además, ante aquellas mujeres había quedado en concepto de ladrón, de atracador... ¡Qué vergüenza!...

Murdock, entretanto, miraba, conmovido, a Lola. Le había seducido la belleza menuda de aquella jovencita que le contaba todos los fracasos de su vida en los escenarios...

Nelson, sonriente, habló, por fin.

—Cálmese usted, Farrell... He querido convencerme por mis propios ojos de si era verdad el cuento que anoche nos relató... No me fiaba únicamente de usted, quería ver a los testigos de su drama... Ahora lo creo todo... No quiero hacerle el menor daño... en mí tiene usted un amigo, un protector... Vamos... ¿no me conoce usted?... ¿No ha oído hablar usted nunca de mí?... Soy Carlos Nelson.

—¡Nelson!... — exclamó abriendo extraordinariamente los ojos, Lola Lane.

—¡Oh! ¿Usted el gran empresario?... ¿Por qué no le conocí antes? — dijo Farrell.

Este nombre produjo a todos un escalofrío de emoción. Nelson era el primer empresario del país. Su

figura, aureolada por mil continuados éxitos, aparecía a los ojos de los pequeños como algo providencial y maravilloso. En su caminar errante a través de los escenarios, "Felicidad" y Lola no se habían atrevido nunca a llamar a las puertas del gran señor... Y ahora, aquel hombre parecía interesarse por ellos.

—Bien, Farrell — siguió diciendo el empresario—. Quiero remediar su situación... Le ofrezco a usted el modo de que pueda labrarse un éxito... Pienso contratarle.

—¿A mí? — exclamó el pobre artista, sin atreverse a concebir esperanzas.

—¿A usted, qué duda cabe!... Ha dicho usted varias veces que su trabajo está lleno de honradez artística, que tiene aspiraciones de gloria...

—Señor Nelson... eso sí... yo creo que si alguien me ayuda, mi éxito será venturoso.

—Le ayudaré a usted en todo y para todo... Usted no es un ladrón, pero si le dejáramos abandonado, ¿quién sabe lo que la necesidad haría de usted?

—¿Y en qué condiciones quiere que trabaje...

—¡Oh!, ya veremos... Primero hay que realizar un ensayo. Si, como espero, es usted una esperanza de la escena, no se preocupe: ganará tanto dinero como ambicione... Sólo es necesario una primera prueba.

Farrell estaba conmovido. Pero, espíritu abierto, caritativo, quiso aprovechar aquella momentánea influencia para pedir:

—¿Y Lola?... Usted sabe que se encuentra en el mismo caso... Si usted quisiera ayudarla...

Murdock intervino en favor de la muchacha.

—Sí, Nelson. Tu buena acción debe ser ampliada a la señorita.

—¡Oh, señor Nelson... si usted fuera tan bueno para mí! — dijo la bailarina.

Carlos, dispuesto aquel día a hacer el bien, contestó:

—No tengo el menor inconveniente. Mañana, cuando procedamos al ensayo de Farrell, probaremos también a usted. Y si los dos me gustan, tienen contrata asegurada por tiempo.

Les tendió la mano, dando por terminada la conversación. Los dos jóvenes aparecían deslumbrados, radiantes. He aquí cómo acababa una original aventura. De la manera más inesperada y gloriosa. Si Nelson les cogía cariño, su porvenir quedaba resuelto. ¡Ahí es nada lograr la simpatía del más poderoso empresario del país!

Murdock despidió a la joven, prometiéndole interponer toda su influencia para lograr una solución favorable. La madre de Lane y la patrona no podían ocultar su honda satisfacción... La última temblaba de gozo. Por fin podría cobrar lo que le adeudaban. Y una vez ricos, seguramente que sus huéspedes serían bien generosos con ella.

Aquella noche fué de incertidumbre. Sumidos en sus pensamientos, Farrell y Lola apenas pudieron conciliar el sueño. El nuevo sol traería la suerte o el desengaño. Pero algo, su fe de jóvenes, su irresistible vocación por el arte, les hacían concebir fundadas esperanzas...

A las doce comenzaron los ensayos. Una legión de hermosas bailarinas, muy ligeritas de cascos y más ligeras todavía de ropa, bailaban en el escenario, mostrando sus piernas mórbidas y desnudas. Una música, pegadiza y alegre, acompañaba el suave movimiento de los pies.

Reinaba en el teatro el bullicio de las mañanas de

ensayo. Sobre el coro de voces femeninas, matizadas por constantes carcajadas, resonaba duramente la voz enérgica del director, llamando al orden a las coristas.

—¡Mal, muy mal! — repetía, desesperado—. ¿Es que están ustedes todavía dormidas? ¡Un poco de ánimo, un poco de alma, demonio!...

Pero ellas, avezadas ya a la eterna protesta de aquel señor calvo y nervioso, seguían imperturbables su canción. Estaban bien convencidas de dos cosas: de que ellas lo hacían bien y de que el director gritaba por costumbre. ¿Qué les importaban los denuestos de aquel ente insignificante, si por la noche el público rugía aplaudiéndolas y todavía los elegantes y ricos caballeros prolongaban su admiración más allá de los límites del teatro, en algún hotel o restaurante?

Lola y Farrell contemplaban, desde bastidores, el ensayo... Los dos, explotados siempre en pequeños teatritos pueblerinos, sentían una desazón extraña. Farrell era optimista. Seguro de sus méritos, convencido de que para él también sonarían todos los aplausos, procuraba animar a su compañera:

—Hoy es el primer día de nuestra gloria, Lola. Verá usted qué pronto nos hacemos célebres.

—¿Quiere usted decir?... Yo, en cambio, tengo un miedo horroroso...

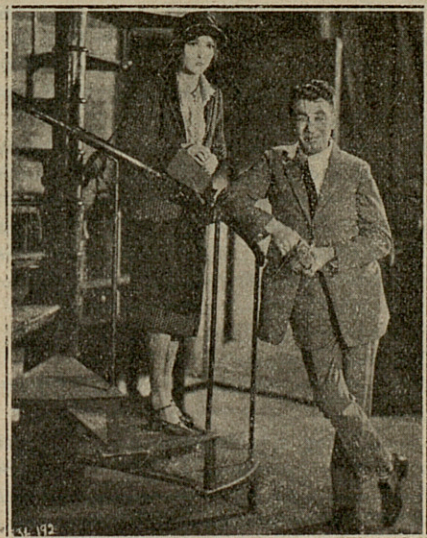
—Porque usted es mujer, y siempre la debilidad fué su compañera...

—Es que estoy convencida de que lo hago tan mal...

—¿Quiere usted callar? ¡Mal, usted?... Entonces, ¿quién trabajará bien en el mundo? Ande, anímesese y deseche esos temores ridículos.

Todavía tuvieron que aguardar una hora. Prose-

guía el ensayo de una revista con una sucesión de cuadros que parecía interminable... Pero, finalmente, la voz del director pronunció el nombre de "Felicidad".



Lola y Farrell contemplaban, entre bastidores, el ensayo.

—Ahora usted, señor Farrell.

El joven artista presentóse sin miedo. Nelson, con José Murdock, desde el patio de butacas se disponía a asistir al ensayo... "Felicidad" les saludó alegremente.

Después, entregando al pianista unos papeles de

música, se dispuso a comenzar uno de sus cuplés... Los artistas formaban corro... Ellos eran los primeros en aplaudir o destrozar las ilusiones de los principiantes... Casi siempre ocurría esto último.

Farrell, bien convencido de sus méritos, empezó la canción... Haciendo temblar un bastoncito entre sus manos, con la más alegre y fina de las sonrisas, cantó un cuplé, tan vulgar como la mayoría de ellos. Lola, desde su rincón, temblaba por la suerte que pudiera tener su amigo.

Farrell cantó y bailó largo rato... Pero después de unos momentos de curiosa atención, por impulso natural, todos convinieron en que Farrell como artista era una cosa insignificante. A medida que iba cantando les parecía más ridícula su voz y más grotescos sus ademanes... Nelson estaba horrorizado. Dijo al oído de Murdock:

—¡Si ese hombre debuta, me arruina!...

—¿Tan mal te parece?...

—¡Una olla de grillos!... ¡Basta!... ¡Basta!... — gritó.

Las coristas, sin consideración de ninguna especie, comenzaron a reír a carcajada batiente del pobre iluso... ¡Y aquel hombre traía pretensiones de descubrir algo nuevo!... ¡Dónde habría trabajado hasta entonces!... Pobre infeliz... La burla era general. Hasta las fregonas que daban lustre al pavimento del teatro reían estúpidamente. ¡Vaya artístazo!...

Cuando acabó el cuplé, pudo Farrell darse cuenta de la desagradable impresión causada. ¿Qué había pasado, pues?... ¿Es que no gustaba?... ¡No podía creerlo!...

—Señor Nelson, señor Nelson... — gritó.

Pero el empresario, vuelto de espaldas, no se dignó contestarle. Farrell se consideró en ridículo... Las co-

ristas le mostraban sus finos dientes burlones, como si fueran a triturarle... Y todos reían... ¿De él?... ¡Ah, estúpidos!

El director, brutalmente, le informó:

—No nos sirve usted... A otra cosa... A ver, la señorita...

"Felicidad" se apartó, con tristeza, para dejar pasar a Lola. Las miradas de los dos jóvenes se encontraron con un gesto de desaliento... "Ahora me ocurrirá lo mismo a mí", pensó Lola, tímida y pesimista.

—¿Usted qué sabe? — exclamó el director —. ¿Bailar?... Pues, pronto... no nos haga perder más tiempo...

Las coristas se dispusieron a lanzar cuchufletas a la pobre joven... Bueno, esta eclipsaría a su compañero. Tenía un aire de tonta que asustaba... ¡Señorita, vaya mañana de alivio!...

—Yo bailaré el bron... — dijo.

—Pianista, listo — ordenó el director.

Sonaron las primeras notas alocadas del baile, y Lola comenzó a mover los pies... Todos contenían la risa para lanzarla al unísono, fenomenal, como un cañonazo, apenas metiera la joven la patita... ¡Con las ganas que tenían de verla fracasar! Farrell sufría por ella... ¡Pobre Lola, a merced de gentes que no entendían una palabra de arte!

Lola bailó... Sus pies giraban con una velocidad fantástica... Todo su cuerpo se estremecía con rápidas espirales al compás frenético de la danza... Sus ojos brillaban con embriagadora alegría, las retinas parecían también girar, siguiendo los movimientos del baile...

¿Qué era aquello?... Las risas de ironía, de mala intención que pocos momentos antes apuntaban, dispuestas a disparar sus obuses mortales, se trocaron en muecas y gestos de emoción... Pero... ¡Dios san-

to! ¿De dónde había salido aquella chica, con aquel rumbo y aquella gracia incomparables?

Nelson, que creía encontrarse con una segunda edición de Farrell, se restregó los ojos creyendo que soñaba.

—¡Gran Dios! ¡Qué tesoro...!

Todo el arte, toda la gracia del baile moderno, parecían palpar en el alma de Lola. La danza era tan atractiva, tan seductora, la música tan pegadiza y agradable, que todos, inconscientemente, movían el cuerpo y los brazos, como si les bailara la sangre.

Gritaban ahora las coristas, animándola a proseguir aquella exaltación maravillosa... Farrell había olvidado su fracaso para pensar en el triunfo de su amigueta:

—Bien, Lola, bien... eso va... adelante...

El director enloquecía... En toda su larga carrera no había presenciado nada igual...

—Esto es un Perú, una mina de dinero... — se dijo.

Y cuando Lola acabó, una tempestad de ovaciones premió su éxito delirante... Nelson y Murdock fueron a ella con cariñosa sonrisa:

—¡Oh! Es usted la única... la única... Venga, inmediatamente a mi despacho para firmar contrato...

Vencedora como una reina, recibiendo sonrisas y apretones de manos, Lola subió al despacho del empresario, después de saludar a Farrell, que olvidaba su propio dolor para pensar únicamente en la victoria de su compañera... Estaba contento, ¡qué demonio! ¡A él no le habían comprendido aún! ¡Ya llegaría su día! Y con una ilusión bien profunda, se decía que también lograría una hora igual:

Nelson redactó en un momento el contrato y lo puso a la firma de Lola. Era algo estupendo. Una

fortuna durante varios años. Su suerte estaba asegurada...

—¡Oh! — exclamó ella—. Quería consultárselo por teléfono a mamá...

—Es muy natural... Espero su contestación...

Ella telefoneó a su madre participándole su ruidoso triunfo. ¿Qué iba a contestar la señora Lane sino la expresión de su alegría? ¡Por fin iban a salir de apuros!

—Mamá está conforme — dijo ella al empresario—. Voy a firmar... pero quiero pedir a usted un favor.

—Usted me manda...

—¿Y Farrell?

—Lo siento, señorita, pero su amigo no ha nacido para el teatro. En otras cosas podrá triunfar y labrarse una fortuna; bailando, no...

Lola movió la cabeza con cierta duda. ¿Quién sabe!... Tal vez la emoción de la prueba había perjudicado a su compañero... ¡Porque él había tenido éxito en otras partes!

—Pero en mis teatros, no. Aquí sólo admitimos lo superior, como por ejemplo el trabajo de usted. Nada más.

—De todos modos, yo desearía que usted hiciera algo por él...

—Con mil amores... Voy a ordenar que venga...

Sí; Lola protegida por Farrell no podía abandonar a su amigo. No sentía hacia ese compañero de pensión otro sentimiento que el de la gratitud y el de una buena amistad, pero era necesario no olvidarle en sus momentos de desgracia... Amor, no; estaba segura de que no sentía amor por él... Ella, ¿por qué negarlo?, comenzaba a sentirse interesada por la mirada acariciadora y la dulce conversación del pintor

Murdock. Probablemente, si alguien debía ganar su corazón, sería un hombre de tipo y condiciones del amigo de Nelson. Misterios del alma... ¿Quién podría descubrirlos jamás?

Por su parte, tampoco Farrell sentía pasión alguna por Lola. "Felicidad" estaba demasiado preocupado con la gloria para pensar en el amor. Era muy amigo de la bailarina pero no otra cosa...

Entró en el despacho de Nelson. No parecía muy preocupado por la derrota sufrida poco antes... A él no le herían las injusticias.

—Bueno, señor Farrell — le dijo el empresario—. Quiero hablar a usted formalmente, de hombre a hombre, con la confianza que me da el haberme convertido en protector de usted.

—Dígame con toda franqueza — respondió "Felicidad".

—Sea... Es necesario que usted se labre un porvenir. A veces pensamos que nuestra suerte está en aquello donde precisamente hallaríamos nuestro fracaso. Y esto le ocurre a usted con el teatro... Con sinceridad, no tiene usted condiciones.

—Muchas gracias — respondió el joven, fríamente.

—No se enfade... Yo no quiero abandonarle a usted para que se vea obligado a hacer... lo que hizo la otra noche... Voy a extender a usted un cheque de mil dólares para que vaya a California o al Colorado, a trabajar en las Oficinas de petróleo... Allí se hará usted hombre y andando el tiempo me lo agradecerá usted...

—Gracias por su buena intención, señor Nelson... pero disintimos en lo esencial. Yo creo que aún puedo hacer algo en el teatro y usted no. No nos

entenderíamos. Prefiero que se quede usted con el dinero.

—Escuche, Farrell... ¿Quiere volver a las andadas? Piense en que puede hallar la miseria y echarle en brazos de la desesperación que ya sabe usted que malas consecuencias produce... Vuelvo a repetirle... Si usted tuviera condiciones le haría un contrato, pero no puede ser. Si lo que le hace reparo es el dinero, lo considera como un préstamo. Cuando sea usted rico, me lo devuelve y en paz.

Todavía Farrell meditó largo rato. ¿Qué iba a hacer? Ante él pasó el espectro del hambre y le tuvo miedo.

—Bueno, señor Nelson — respondió finalmente—. Acepto con una condición... Si me favorece la fortuna, le devolveré los mil dólares con otros cinco mil de regalo. Si la suerte me es adversa, nada; se considera usted pagado con la pérdida de los mil dólares.

—Aceptado... He ahí el cheque — dijo, extendiéndoselo—. Y ahora, a luchar.

Farrell, después de despedirse de Lola, partió al siguiente día para el Colorado. Trabajaría en lo que fuera, pero, entretanto, mejoraría su actuación, procurando perfeccionar su arte. ¡El no lo dejaba de ningún modo! Y al meterse en el tren para partir hacia tierras lejanas, juró volver rico y triunfador.



Pasaron tres años. Lola, en el mejor teatro de Broadway alcanzaba un éxito grandioso. La crítica y el público, supremos jueces, habían coincidido en proclamarla reina de la danza moderna. Se rompían las manos aplaudiendo a la favorita, que ya

no vivía en la pensión pobre y triste de la época de miseria, sino en una magnífica casa adornada con todos los refinamientos del lujo. No había perdido el tiempo. Y José Murdock, enamorado de ella, había conseguido, finalmente, que Lola aceptara su cariño.

Entretanto allá en las arideces del Colorado, Farrell había conocido todos los sinsabores que preceden al triunfo. Empleado en un despacho, fué lentamente alcanzando todas las categorías hasta llegar a la de director. Su único deseo era el ahorro. Necesitaba guardar dinero para volver a Nueva York y abrir con dólares la puerta de los mejores teatros. ¿Quién se resistiría entonces ante él? Podría arrendar teatros por su cuenta, o mejor aún, se uniría con Lola, formando los dos una pareja ideal. Pero, ante todo, quería devolver el dinero que le entregara Nelson.

No perdía la esperanza de conocer aún el sabor de los aplausos. Todas las noches ensayaba sus bailes pareciéndole que cada vez tenía mayor agilidad. Pronto la gran ciudad le abriría sus puertas de oro. Y además, la ausencia parecía haber hecho nacer en él otro sentimiento. Los hombres sedientos por la fatiga de la jornada tienen que apagar su sed en la fuente clara del amor. ¡Y Lola había sido en el mundo la única mujer que se interesara por él!

En Nueva York, cuando los continuos éxitos habían llevado a Lola a una situación envidiable, el amor hacía de las suyas. Lola se iba a casar en breve con José Murdock, y se retiraba de la escena. Fueron inútiles las súplicas del empresario. Ella estaba decidida. ¿Para qué quería el teatro, si su verdadera y futura felicidad estaba en la algría del matrimonio?

La noche en que se efectuó su despedida, fué inolvidable. Millares de manos enrojecieron aplaudiéndola, ovacionando a aquella famosa artista a la que no verían más. Ella, emocionada, con lágrimas en los ojos, saludaba al público. Como una gran parte del éxito correspondía al empresario, pues Nelson la había protegido siempre, la bailarina quiso que compartiera también el fervor público y Carlos salió a las tablas a agradecer la ovación...

Murdock deseaba ya que terminase cuanto antes la fiesta para llevarse a su futura mujercita.

Lola estaba radiante... Había recibido, además, una carta de Farrell comunicándole que aquella misma noche iría a verla. ¡Oh! ¿Qué había sido del buen compañero protector?

—¡Oh, Lola!... — le dijo paternalmente Carlos Nelson, acariciándola—, que sea usted tan feliz como yo deseo... y que no nos olvide nunca...

—Sería olvidar casi mi vida, señor Nelson... Han sido todos ustedes tan buenos para mí...

—¡Ah, Murdock, Murdock! — dijo sonriendo el empresario—. Se lleva usted lo mejorcito del teatro, un tesoro sin igual...

—Sé escoger bien las cosas, Nelson, ¿verdad?

Unos momentos después, cuando en el camerino de Lola bebían los tres una copa de champaña por la felicidad de los novios, apareció Farrell. Venía radiante, jovial...

—¡Lola! ¡Lola!...

—¡Oh, Farrell! ¿Cómo ha ido eso?

Los dos amigos se estrecharon las manos, alegremente.

La presencia del bailarín paralizó a todos... Precisamente, Nelson había recibido unas horas antes

una carta de Farrell con cinco mil dólares, aquellos que prometió entregarle si vencía.

—Conque ¿ha triunfado usted, Farrell? — preguntó el empresario.



—Que sea usted tan feliz como yo deseo... ¡Y que no nos olvide nunca!

—Según y como. He podido ahorrar algún dinero en El Colorado, y ahora con lo que me queda voy a comenzar a luchar en el teatro. Y si fuera posible preferiría trabajar con Lola...

Una sonrisa triste se dibujó en los labios de la mujer. Murdock miró al bailarín con gesto desdenoso.

—Has llegado muy tarde, Farrell... Mañana me caso... Definitivamente me retiro de la escena...

—¿Te casas? ¿Con José? ¡Ah! No lo sabía... Te felicito...

Pero en el fondo acababa de experimentar una terrible desilusión. El ensueño desvanecido... Mas sobreponiéndose a sí mismo, quiso insistir aún para que Lola no abandonase la escena:

—Tú no tienes derecho a marcharte... Eres del público... Debes todavía recoger más laureles...

José se indignó.

—Absténgase de dar consejos donde no se los piden.

Farrell abrazó al pintor, y replicó:

—¡Oh! No se disguste usted... Crea que yo sólo pienso en el porvenir de Lola. Me parece que las gentes del teatro han nacido para estar siempre en él.

—Acaso tenga usted razón, Farrell... ¡Lola no tiene derecho a abandonarnos! — añadió Nelson.

La artista meditaba. ¡Verdad! El amor era muy agradable, pero ¿era incompatible, acaso, con la vida teatral?... Sí, sí... Ahora, un poco de descanso. Unos meses de luna de miel para saborear la exquisitez de los primeros tiempos del amor; después, la vida del artista que era la suya...

—¡Oh, José! — suplicó—. ¡No te opongas a ello!

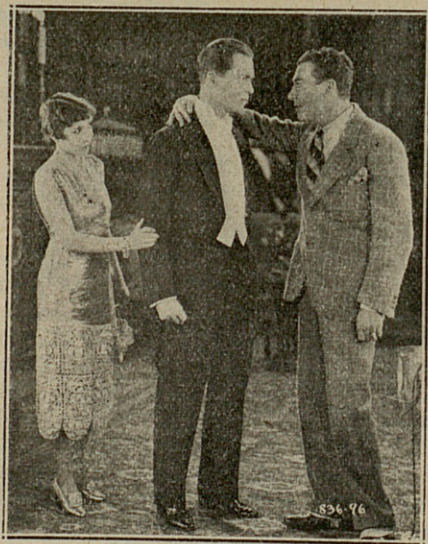
—Me parece una gran tontería... Pero... tú eres mi reina, Lola... Si tú quieres, no tendré celos del teatro...

—¡Pues claro que no! ¡Oh, tienes razón, Farrell! Las gentes del teatro no podemos vivir sin él... Volveré a la escena, Nelson...

Pero, ¿con Farrell? ¿Por qué no? Casi era el premio que merecía la constancia del pobre fracasado.

Pero Nelson movía negativamente la cabeza en señal de duda.

—No es posible. No me cansaré nunca de repetírselo, Farrell. Usted carece de condiciones para



—¡Oh! No se disguste usted... Crea que yo sólo pienso en el porvenir de Lola...

el teatro. Nunca hará usted nada en él. ¿Por qué se empeña en ir contra el destino? Trabajando en el comercio, en las minas, ha ganado dinero. Buena prueba son los cinco mil dólares de la escena. Pues regrese usted al Colorado. Allí puede labrarse una fortuna, créame, Farrell.

Una sonrisa desdeñosa iluminó el rostro de "Felicidad".

—¡Oh! No me esperaba de usted otra cosa, señor Nelson — dijo con vanidad, convencido aún de que era un gran artista—. Usted no me contratará, pero me he perfeccionado tanto, que estoy seguro de encontrar otras opiniones. Pero celebro haber vuelto, por Lola... He logrado que ella no abandone el teatro, que los éxitos no se apaguen para mi amiguita. Murdock, llévesela usted en buena hora, pero no nos quite su arte.

Y el pobre iluso que en su vida obtendría la gloria, sentíase feliz porque Lola seguiría su brillante actuación. ¡Y ella le serviría de estímulo!

**

Pasó algún tiempo... Lola se casó con Murdock y volvió a escena a escuchar ovaciones. Y Farrell, después de nuevos fracasos en el arte teatral, habiendo gastado ya todo su dinero, regresó a El Colorado a trabajar en las oficinas.

Pero, idealista eterno, no está aún convencido de su inutilidad. Y piensa volver a Nueva York para saludar a su amiga y de paso ver si le es posible que alguien le contrate en la inmensa ciudad venedora.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
SALLY O'NEIL

Próximo número:

La dramática novela

EL CAMINO DEL ARTE

por Lil Dagover.

32 páginas

30 céntimos

Numerosas fotografías

Postal-obsequio: TOM MOORE

La Novela Femenina Cinematográfica

SALE LOS VIERNES

COMPRE

GORRIONES

por Mary Pickford. ¡Éxito sin rival!

Los Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica.

AL ÉXITO DE

La Viuda Alegre y El Gran Desfile

seguirá en breve

Miguel Strogoff o el Correo del Zar

en La Novela Semanal Cinematográfica.

EDICIONES ESPECIALES

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

 La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona